

Rosa Montero

Artículos 2020



Publicados en El País

Recopilación de los artículos de Rosa Montero publicados en el suplemento dominical de «El País» durante 2020.

Las viejas son atómicas

5 enero, 2020

Los prejuicios sexistas son tenaces y dejan sombras. A las mujeres nos cuesta 40 años descubrir que todo eso es mentira.

Que, en general, las mujeres se quieren a sí mismas menos que los hombres siempre me ha parecido una verdad bastante evidente. La manera en que tantas de nosotras, jóvenes y no tan jóvenes, se quitan importancia y piden torrentes de disculpas innecesarias es algo que cada día llevo peor. Me desespera estar en una reunión social, en una feria literaria, en un simposio, y que llegue una chica y diga cosas como: «El vino lo he comprado yo, así que seguro que será malo». O bien: «Sí, yo he publicado una novela, bueno, es una novelita, una cosita de principiante...». O incluso: «Oh, perdón, perdón, perdón, he puesto mal esta diapositiva, es que soy muy torpe, soy un desastre». Ahora imaginen estas frases dichas por un hombre. No resulta fácil visualizarlos soltando esas cosas, ¿no? Yo lo que veo son tipos encantados con el rioja que han traído y conferenciantes que cambian la diapositiva errónea sin alterarse lo más mínimo. En cuanto al escritor, es probable que aún no haya nacido de madre un hombre capaz de decir que su novela es una novelita.

Y ¿saben qué? Bien por ellos. No son ellos los equivocados: somos nosotras. Porque además no se trata de una encantadora modestia, sino de una desagradable inseguri-

dad. De la penosa falta de autoestima que sufre mayoritariamente la mujer, como ha demostrado un gran estudio publicado este año en la Harvard Business Review (lo contó hace un par de semanas Pilar Jericó en *EL PAÍS*). Jack Zenger y Joseph Folkman investigaron a 8655 personas, el 44 % varones, y descubrieron que las mujeres tenemos menos autoestima y menos seguridad que los hombres hasta que cumplimos 40 años. De hecho, a los 25 los chicos nos sacan cerca de un 20 % de ventaja. Ahora bien, la seguridad en uno mismo va creciendo con la edad, en nosotras y en ellos, y a los 40 años nos igualamos. A partir de ahí la autoestima va subiendo lentamente y manteniéndose más o menos pareja en ambos sexos, hasta que, después de los 60 años, la confianza de los varones comienza a declinar y nosotras seguimos subiendo y les pasamos. Es un gráfico impresionante. Las viejas son atómicas.

Así que la historia tiene para nosotras un final feliz. Pero la escalada es dura y hay que salir desde muy abajo. Entre los 25 años y los 61 años, que es el periodo de tiempo que mide la investigación (61 y más, pone al final de la tabla crípticamente, como si a partir de esa edad comenzara el abismo), los hombres mejoran su autoestima en un 8,5 %. Las mujeres, en cambio, lo hacemos en un 29 %. La remontada es muy potente, pero la primera parte de la vida está lastrada por un innecesario sufrimiento. Con el añadido de que esos años de juventud son cruciales a la hora de construirse una carrera profesional, y muchas mujeres no los aprovechan debidamente por falta de confianza: no se arriesgan a asumir determinadas responsabilidades porque no se creen capaces; no se saben vender bien para un ascenso porque ellas son las primeras que temen no estar preparadas.

Todo esto es una consecuencia del sexismo, esa ideología milenaria en la que nos han educado a todos, hombres y mujeres, y que nos chupa el cerebro como una insidiosa garrapata. Las cosas están cambiando, pero los prejuicios

son tenaces y dejan sombras. Y así, hay un poderoso subtexto social que nos susurra que el mundo exterior no es para las mujeres; que el poder y la profesión son reinos masculinos. Este estudio demuestra que nos cuesta 40 años descubrir que todo eso es mentira. Pero hay consecuencias del sexismo aún más trágicas. En España, el suicidio entre los varones se dispara de manera sobrecogedora a partir de los 70 años, mientras que el suicidio en las mujeres de la misma edad no sólo es muy inferior (5 por 100 000 frente a 40), sino que además va descendiendo. Y se me ocurre que las mujeres estamos más preparadas para vivir solas: cultivamos más las amistades, sabemos sacar mejor adelante una casa y una vida. Mientras que los hombres educados tradicionalmente que se quedan viudos no sólo pierden a la mujer, sino todo su hogar, sus manos y sus pies. El machismo es un espanto para todos. Hay que extirparse esta maldita garrapata del cerebro.

Una propuesta para 2020

12 enero, 2020

Es necesario sacar el suicidio de esas sombras abisales y colocarlo dentro de lo que es, un problema más de salud pública.

¿Qué parte de sus vidas desearían mejorar en 2020? Aunque el año nuevo es una convención, es tan antigua que funciona: supongo que resulta casi inevitable sentir el deseo de cambiar algo, aunque sepamos que la mayoría de los propósitos de enmienda se irán haciendo trizas al remontar los meses (la proverbial tenacidad humana incluye también nuestros defectos). Pero les voy a hablar de algo

que no se refiere al ámbito privado, sino al colectivo. De un cambio posible de formidables consecuencias.

En 2018 se suicidaron en España 3539 personas, el 74 % hombres: curiosamente, las mujeres intentan matarse más a menudo, pero los hombres lo logran bastantes más veces. Es la principal causa de muerte externa en España; son unas 10 víctimas al día, de modo que, más allá de la arbitrariedad de la media estadística, es seguro que en lo que llevamos de enero ya ha habido varios casos, verdaderos vórtices de dolor que dejan a su paso una vasta huella de sufrimiento. «La mayoría de los suicidas no quieren matarse, lo que pasa es que no pueden soportar la vida», dice el psiquiatra Guillermo Lahera, especializado en trastorno bipolar y depresión, áreas que le han hecho interesarse por el suicidio (toda la información de este artículo proviene de él).

Pero las condiciones que convierten la vida de estas personas en algo inaguantable pueden cambiarse. «Estamos en un punto de inflexión: la sociedad debe involucrarse en la prevención del suicidio, igual que se ha hecho antes, con buenos resultados, en otras áreas». Como, por ejemplo, los accidentes de tráfico: de los 6098 muertos que hubo en las carreteras en el año 2000 se ha pasado a 1895 en 2018, según el INE. O como la violencia de género, que también ha disminuido: 63 víctimas en el año 2000 y 47 en 2018. En cambio, el suicidio sigue subiendo: en 2000 hubo 3393 casos, y en 2018, casi 150 más.

¿Y qué se puede hacer para bajar estas cifras intolerables? En primer lugar, acabar con el estigma y los tópicos. Por ejemplo, la mayoría de los medios de comunicación siguen manteniendo una especie de tácito acuerdo de censura para no hablar de suicidios, por miedo a crear un efecto imitativo. Pero al parecer no es cierto que tocar el tema fomente más muertes, sino todo lo contrario, siempre que el tratamiento sea el adecuado: no se debe entrar en detalles morbosos sobre el método; no hay que culpabilizar al

suicida, pero tampoco enaltecerlo; y, sobre todo, no hay que dar explicaciones reduccionistas y únicas del tipo de «tenía un trastorno bipolar», porque en España hay medio millón de personas con trastorno bipolar que no se suicidan. Cuando alguien decide matarse, lo hace siempre por un complejo conjunto de factores.

Ese secretismo convierte a los suicidas en apestados y multiplica el dolor lacerante de los deudos, hasta el punto de que algunos se sienten forzados a dar explicaciones absurdas: se cayó cuando estaba regando los tiestos. No sólo han de llorar una muerte tan radical, sino que la sociedad parece decirles que es algo vergonzoso de lo que deberían sentirse culpables. Es necesario sacar el suicidio de esas sombras abisales y colocarlo dentro de lo que es, un problema más de salud pública.

«Otro tópico horroroso es decir: lo hace para llamar la atención. No banalicemos ni ridiculicemos, entendámoslo como es: una petición desesperada de ayuda», dice Lahera. Escuchemos, comprendamos, demos soporte. Hay mucho camino preventivo por hacer en España; por ejemplo, aunque el suicidio es la primera causa de muerte entre los 14 y los 39 años, no tenemos la especialidad de psiquiatría infantil-juvenil: somos junto a Bulgaria los dos únicos países de la UE con esta carencia. En el 90 % de los casos de suicidio hay presente algún trastorno psíquico, pero insistamos: el desequilibrio psicológico no es la única explicación. Como dice Guillermo Lahera, teniendo en cuenta que uno de cada cuatro españoles va a tener o ha tenido en su vida un episodio de enfermedad mental (yo misma entro en la cuota: crisis de angustia hasta los 30 años), deberíamos ser un país más solidario, combatir el aislamiento que sufren quienes padecen dolencias psíquicas y convertirnos todos en actores sociales contra el suicidio.

Palabras venenosas

19 enero, 2020

Hoy reivindico la palabra que lucha contra la que envenena. No hay que dejar ni una sola mentira sin rebatir.

Lo primero fue la palabra, ya lo dijo la Biblia. Las palabras nos definen como humanos y nos diferencian de los demás animales. Y no sólo la palabra, sino la narración, como explica Noah Harari en su celeberrimo ensayo *Sapiens*: lo que nos ha convertido en *Homo sapiens* es nuestra capacidad para inventar y transmitir historias. El caso es, en fin, que las palabras pesan; dejan huellas y, a veces, heridas. Porque pueden estar cargadas de plomo y ser capaces de matar.

Digo todo esto preocupada no sólo por el griterío creciente de la vida pública, sino por el contenido de esos gritos. Yo diría que se ha roto una línea de consenso mínimo que antes poseíamos y que estaba basada en la sensatez más elemental. Ahora es como si hubiéramos retrocedido décadas de civilidad para lanzarnos al monte de las mentiras fanáticas. No me sorprendería demasiado que un buen día apareciera un terraplanista entre nuestros políticos (ya hay negacionistas del cambio climático).

Uno de mis héroes, verdadero santo laico de mi vida, es el filólogo alemán Victor Klemperer (1881-1960), uno de los poquísimos judíos que consiguió salvar la vida dentro de la Alemania nazi. Lo logró porque estaba casado con una valiente mujer aria que, al contrario que la inmensa mayoría de los cónyuges de matrimonios mixtos, no repudió a su pareja y le acompañó en el tormento y el horror. Y después, cuando a finales de la guerra los nazis decidieron exterminar a todos los judíos sin excepción, ambos escaparon durante un bombardeo y, aunque eran viejos y estaban muy debilitados por el hambre y el maltrato, consiguieron man-

tenerse vivos durante meses en una huida épica. Pero no es por eso por lo que le admiro, sino porque en 1947 Klemperer publicó un ensayo que había estado escribiendo mentalmente (los judíos tenían prohibido comprar útiles de escritura, libros, periódicos), *LTI*. La lengua del Tercer Reich, uno de los textos más maravillosos que he leído jamás, mezcla de memorias y de colosal intento intelectual de entender cómo había podido instalarse el infierno en el mundo tan fácilmente. Que apenas dos años después de su terrible sufrimiento fuera capaz de escribir un texto tan grandioso, carente de espíritu de venganza y lleno de empatía por los seres vivos, me parece el mayor fracaso del nazismo.

En el libro, Klemperer explica cómo las palabras mentirosas de los totalitarismos envenenan las mentes. Denuncia «la hipocresía afectiva del nazismo, el pecado mortal de la mentira consciente empeñada en trasladar al ámbito de los sentimientos las cosas subordinadas a la razón (...) y arrastrar esas cosas por el fango de la obnubilación sentimental». Es una lúcida definición de los desaforados populismos que medran por el mundo: la trampa consiste en embadurnar las ideas con el engrudo de las emociones baratas, hasta convertirlas en una masa informe incapaz de ser procesada mentalmente. Ese sucio chapoteo sentimental está tanto en los patrioterismos de Casado y Abascal como en los de Puigdemont y Torra. Está en Trump y en Maduro (¿qué decir del Viceministerio para la Suprema Felicidad Social del Pueblo creado por el actual Gobierno venezolano?), y está en toda la mala gente que quiere sacar provecho de sus engaños.

Son palabras mentirosas que pueden parecer ridículas, pero que terminan matando. Este año ha habido un repunte de asesinatos machistas: 55 víctimas. Desde 2004, que es cuando se promulgó la Ley contra la Violencia de Género, hasta 2018, las muertes de mujeres a manos de sus parejas o exparejas han ido descendiendo: de 72 en 2004 a

47 en 2018. Debo decir que tengo algunos reparos contra esa ley y que el descenso no ha sido progresivo, sino con grandes altibajos, pero aun así la tendencia reductora parece clara. Pues bien, me temo que en este repunte haya influido el «negacionismo voxiano», las mentiras que han difundido sobre el tema, el desarme moral. Yo antes detestaba mi vehemencia, que me impelía a enzarzarme en discusiones con desconocidos incluso durante un breve trayecto de ascensor. Pues bien, hoy reivindico la palabra que lucha contra la que envenena. No hay que dejar a estos energúmenos ni una sola mentira sin rebatir, aunque sea durante una corta espera en un semáforo.

Arte 10, artistas 0

26 enero, 2020

El artista no tiene derecho a hacer cualquier cosa, ni siquiera a buitrear la vida de los demás y exponerla.

¿Qué le hubiera pasado a la humanidad si no hubiera existido Cervantes? Absolutamente nada. ¿Y si Shakespeare no hubiera nacido? Lo mismo. ¿Habría cambiado el mundo si la obra de Velázquez o de Leonardo da Vinci no hubiera sido creada? Pues no. Ahora bien: si no existiera el arte, la pintura, la música; si no hubiera novelas ni poesía ni narración, la vida sería inhumana e inhabitable. Somos quienes somos justamente porque vibramos en el ansia de buscar la belleza, esa inutilidad tan necesaria. La belleza es el sentido del caos, o al menos el intento de encontrar ese sentido. Y se trata de un esfuerzo colectivo.

Lo que quiero decir es que el arte es un exudado social, que forma parte esencial de lo que todos somos, y que el artista individual no es más que una especie de médium, un

peón de ese mandato de la especie. Lo importante es el arte, no el artista. Ni siquiera los artistas más grandes son imprescindibles.

Todo esto viene a cuento del último (por ahora) escándalo en torno a la supuesta sacrosanta libertad del creador, un tema recurrente a lo largo de los años. Hablo, ya saben, del francés Gabriel Matzneff, que ahora tiene 83 años y que ha visto cómo su editorial, Gallimard, retiraba de las librerías todos sus diarios después de que Vanessa Springora publicara un libro titulado *Le consentement (El consentimiento)*, en donde cuenta la espeluznante y abusiva relación que Matzneff tuvo con ella en los años ochenta, cuando Vanessa tenía 14 años y él 50. Pero el verdadero escándalo es que Matzneff nunca ha ocultado su pedofilia, sino que ha hecho gala de ello en sus libros y en las entrevistas, hasta el punto de que hace años fue presentado en uno de los programas televisivos del celeberrimo *Apostrophes* como «profesor de educación sexual especializado en estudiantes y menores». Grandes risas cómplices de la concurrencia ante el chistecito. De hecho, creo que en la radicalidad de la medida de Gallimard se transparente la mala conciencia de la editorial por haberle estado publicando sus alardes pedófilos tan tranquilamente.

En todo esto subyace esa estúpida, ignorante, elitista creencia en la impunidad del artista, como si estuviera por encima de las leyes y el sufrimiento del mundo. Aquí hubo un caso parecido hace 10 años, cuando Sánchez Dragó sacó un libro en el que decía haberse acostado en 1967 en Tokio con dos niñas de 13 años: «Con unas lolitas de esas —ahora hay muchas— que visten como zorritas, con los labios pintados, carmín, rímel, tacones, minifalda (...) las muy putas se pusieron a turnarse». Ante el pollo que se montó, el escritor se apresuró a decir que no había pasado nada y que era una anécdota convertida en literatura (o sea, que es un fantasma), aunque lo más terrible es que le encontra-

ra esa gracia a contarlo y que la editorial (Planeta) lo publicara como si nada.

Hay otros escritores, como Arthur C. Clarke, autor de 2001: una odisea del espacio y otros magníficos libros, que también bordearon el escándalo pedófilo, pero en realidad es un problema que va mucho más allá de acostarse con niños. Hablamos de todo tipo de abuso y de un narcisismo canalla, como el de ese pseudoartista costarricense, no voy a decir su maldito nombre, que en 2007 ató a un perro callejero en la galería Códice de Managua y lo dejó morir de hambre. Que la galería y las autoridades fueran cómplices de esa lenta atrocidad resulta aún más desolador.

Y es que no, desde luego que no, el artista no tiene derecho a hacer cualquier cosa, ni siquiera creo que tenga derecho a buitrear la vida de los demás y exponerla abiertamente, como hizo Truman Capote en su inacabado libro Plegarias atendidas: es probable que el escritor incluso provocara el suicidio de Ann Woodward, que mató a su marido en un tiroteo oficialmente accidental, pero a quien Capote retrataba en su personaje Ann Hopkins como asesina premeditada. Por todos los santos, ni un escritor de la talla de Capote puede hacer esas cosas. Y además, ¿saben qué? Plegarias atendidas fue lo peor que escribió. Porque el arte, ese arte colectivo del que somos simples médiums, es el modo en el que los humanos intentamos ser mejores, y no puede existir sin la conciencia aguda de los otros y sin empatía.

Antonio Banderas es medio plátano

2 febrero, 2020

Me deja verdaderamente turulata que a estas alturas del siglo XXI sigamos emperrados en hablar de razas.

El revuelo organizado a raíz de que Antonio Banderas haya sido considerado un actor «de color» en Estados Unidos sería desternillante si no acabara espeluznando un poco cuando nos paramos a pensarlo. Repasemos el asunto: la cosa comenzó con la nominación de Banderas al Oscar como mejor actor. Las revistas *Deadline* y *Vanity Fair* publicaron que él y la actriz afroamericana Cynthia Erivo eran los dos únicos artistas de color en la carrera del premio, y ahí fue cuando se armó la marimorena (una expresión que, por cierto, suena la mar de adecuada en este contexto). El caso es que las redes los acusaron de racistas e incultos y dijeron que Banderas es blanco y europeo. Pues sí, lo suscribo, pero en la indignación de algunos de los comentaristas, en su herido trémolo de escándalo, me parece percibir también un prejuicio racista. Es como si dijeran: «¿Confundirnos a los españoles con negros? Qué vergüenza».

Bueno, lo cierto es que hay españoles negros. Y cobrizos. Y café con leche. Y amarillos. De todos los adjetivos con los que se ha definido a Banderas, el que me parece más atinado es el de ser europeo. De eso no cabe duda, y, además, creo que es probable que haber nacido en Europa te dote de algunas particularidades culturales (como haber nacido en Medio Oriente, o en Latinoamérica, o en cual-

quier otra zona con cierta homogeneidad geopolítica). Ahora bien: hay europeos negros, y cobrizos, y café con leche, y amarillos. Me deja verdaderamente turulata que a estas alturas del siglo XXI sigamos emperrados en hablar de razas, algo tan aberrante y tan ridículo como debatir del sexo de los ángeles.

Digámoslo una vez más: la ciencia ha demostrado que las razas no existen. Como explica el eminente biólogo molecular argentino Alberto Kornblihtt, «las grandes diferencias genéticas, de existir, tienen lugar entre individuos y no entre poblaciones». Lo cual quiere decir que un europeo blanco (sí, tan blanco como Banderas) puede ser más parecido genéticamente a un africano negro o a un asiático definitivamente amarillo que a otro blanco europeo. Y esto se ha comprobado innumerables veces no sólo por la secuenciación del genoma, sino también por los estudios histológicos para comprobar la compatibilidad entre los tejidos de dos personas. Y así, es muy habitual que haya trasplantes de órganos en los que el donante más apto sea negro aunque el receptor sea blanco, y viceversa. Esto es, el color de la piel no tiene nada que ver con la semejanza genética. «No es que seamos todos iguales, sino que todos somos igualmente distintos», dice el genetista brasileño Sérgio Pena.

Tras lo de Banderas, los medios nos han dado un curso rápido en el lío de las definiciones étnicas en Estados Unidos, cuyo censo incluye preguntas de este tipo desde hace más de un siglo. Hasta los años setenta, los mexicanos debían marcar la casilla de blancos, pero hubo activistas que reivindicaron su diferencia cultural y apareció el término de hispano, que tampoco gustó a todo el mundo por su relación con la conquista española, de modo que se acuñó también el vocablo latino, que incluye a brasileños y pueblos indígenas (los cuales, por cierto, no sé qué tienen de latinos, pero en fin). A partir del año 2000 la inmensa mayoría de los países latinoamericanos han ido incluyendo pre-

guntas étnicas en el censo, una medida vivamente recomendada por la ONU, Unicef, la CEPAL y demás organismos internacionales. Comprendo bien que es la única manera de tener datos estadísticos fiables sobre las comunidades indígenas, para visibilizarlas y poder sacarlas de la discriminación. Sin duda es una herramienta poderosa, pero yo creo que debe aspirar a ser transitoria, porque de algún modo también perpetúa una diferenciación humana inexistente.

Yo sueño con un mundo en donde esas distinciones sean irrelevantes. En donde el color de la piel no pueda ser motivo de desprecio. A ver si aprendemos de los recientes y demoledores descubrimientos científicos: compartimos entre un 96 % y un 99 % de genes con los grandes simios, un 85 % con los ratones y un 60 % con las bananas. Por todos los santos, ¿quién es el idiota que puede enorgullecerse de tener el cutis blanco, cuando en realidad somos medio plátanos?

Contra los puros

9 febrero, 2020

Los humanos somos contradictorios y paradójicos: por eso la pureza monolítica del dogma es inhumana y falsa.

Acabo de leer un librito publicado en la gran editorial Nava: *Malentendido en Moscú*, una novela corta de Simone de Beauvoir. Cuenta el viaje de una pareja de profesores franceses sexagenarios a la capital de la URSS en 1966, y sin duda refleja un viaje real de Simone y Sartre. Magnífica ensayista y memorialista, De Beauvoir, que fue una de las madres del pensamiento del siglo XX, carecía por completo